

LEATHER
& LARK

 LA TRILOGÍA DEL AMOR CAÓTICO

LEATHER & LARK



BRYNNE WEAVER

Traducido del inglés por Patricia Sebastián

CONTRALUZ


Título original: *Leather & Lark*

Esta edición ha sido publicada mediante acuerdo
con The Foreign Office Agència Literària, S. L.
y The Whalen Agency, Ltd.

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Copyright © Brynne Weaver, 2024
© de la traducción: Patricia Sebastián, 2025
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)
Madrid, 2025
Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.com

Traducción adaptada para Latinoamérica
con la colaboración de la traductora

© 2025 Hachette Editorial México, S.A. de C.V.
Renacimiento 180, Col. San Juan Tlihuaca,
Azcapotzalco, 02400, Ciudad de México

Primera edición, abril de 2025

ISBN: 978-607-574-854-2 (México)
ISBN: 978-84-19822-62-8 (España)

Todos los derechos reservados conforme a la ley. Queda estrictamente prohibido cualquier uso, reproducción, extracción, recopilación, procesamiento, transformación y explotación, sea total o parcial, a través de cualquier medio mecánico o electrónico y sin la autorización escrita del titular del copyright.

Igualmente, se prohíbe su uso para el entrenamiento de cualquier clase de inteligencia artificial o minería de datos y textos y, en general, cualquier desarrollo y comercialización de sistemas, herramientas o tecnología de inteligencia artificial, incluyendo pero no limitado a la generación de obras derivadas o contenidos basados total o parcialmente en esta obra.

Las características de esta edición, así como su contenido, son propiedad de Hachette Editorial México, S.A. de C.V.

Impreso en México — *Printed in Mexico*



En Hachette Livre México usamos
materias primas de procedencia
100% sustentable

ADVERTENCIAS DE CONTENIDO

Aunque *Leather & Lark* sea una comedia romántica oscura (y esperamos que te rías con toda esta locura), ¡sigue siendo oscura! Por favor, lee con responsabilidad. Si tienes alguna pregunta sobre la siguiente lista, no dudes en ponerte en contacto conmigo en brynneweaverbooks.com o en cualquiera de mis redes sociales (estoy más activa en Instagram y en TikTok).

- Globos oculares, aunque nada de cuencas esta vez, así que puedes darme las gracias.
- Dientes y derivados.
- Puede que, por mi culpa, ya no puedas volver a tomar *pizza* ni cerveza. Ni licuados. Sigo sin arrepentirme de nada.
- Globos de nieve.
- ¿Autocanibalismo...? Bienvenido al debate que nunca creíste que fueras a tener.
- Múltiples armas y objetos cortantes, entre los que se incluyen: dardos, tijeras, pistolas, sierras, cuchillos, trituradoras y un pequeño utensilio llamado «cuchara de enucleación».
- Dedos amputados.

- Igual la próxima vez que vayas a hacer manualidades con resina epóxica lo pienses dos veces.
- Choques entre vehículos.
- Ahogamientos de diversa índole.
- Enfermedad terminal de un ser querido.
- Escenas de sexo explícito que incluyen, entre otras cosas: juguetes para adultos, asfixia, sexo duro, humillación moderada, actos sexuales en público, penetración con consolador con correa y fetiche por los cumplidos.
- Referencias a negligencia parental y maltrato infantil (no explícitas).
- Referencias a agresiones sexuales infantiles (no explícitas).
- Lenguaje explícito y pintoresco que incluye numerosas «blasfemias». ¡Sobre aviso no hay engaño!
- Perro herido (la causa de la lesión no se describe, y el animalito está bien, ¡de verdad!).
- Hay muchas muertes... El libro se trata de un asesino a sueldo y una asesina en serie que se enamoran, así que creo que se da por sentado.

*Para los que llegaron aquí después de leer
la escena del helado de B&B, vieron
las advertencias de contenido de L&L y pensaron:
«Lo de la pizza no es en serio... ¿verdad?».
Este libro es para ustedes.*

PLAYLIST

Escanea uno de los QR para escucharla:

APPLE MUSIC



SPOTIFY



PRÓLOGO: Prender

«I Only Have Eyes for You», The Flamingos

CAPÍTULO 1: Sumergido

«TUNNEL VISION», Melanie Martinez

«444», Ashley Sienna

CAPÍTULO 2: En el blanco

«Underground», MISSIO

«Pulse», Young Wonder

CAPÍTULO 3: Guillotina

«Cuz You're Beautiful», Kiyashqo
«BITE», Troye Sivan

CAPÍTULO 4: Germinar

«November», PatrickReza
«Shutdown», Hudson

CAPÍTULO 5: Hilos

«SLOW DANCING IN THE DARK», Joji
«Lay Your Cards Out», POLIÇA

CAPÍTULO 6: Leytonstone

«Stay with Me», Kevin Olusola
«Don't Leave», Snakehips & MØ

CAPÍTULO 7: Justicia

«Laalach», TroyBoi
«Fall Away» (feat. Calivania), UNDEAM
«Above the Clouds», Luca

CAPÍTULO 8: Fricción

«Who Do You Want», Ex Habit
«How Soon Is Now» (feat. Dresage), AG

CAPÍTULO 9: A la verdura

«One of Your Girls», Troye Sivan
«Love Made Me Do It», Ellise

CAPÍTULO 10: Trofeos

«Kiss and Collide», Blondfire
«Downtown», Allie X

CAPÍTULO 11: Holograma

«Pilgrim», MØ

«Seconds», Ghost Loft

CAPÍTULO 12: *In nomine Patris*

«O.D.D.», Hey Violet

«Blur», MØ

CAPÍTULO 13: Contactos

«If You Wanna», Kiyashqo

«Everybody's Watching Me (Uh Oh)», The Neighbourhood

CAPÍTULO 14: Retiro

«Superstar», MARINA

«Love Me», Jane XØ

«Front to Back», Buku

CAPÍTULO 15: Señales

«Can't Forget You», NEVR KNØW

«Too Deep», Kehlani

CAPÍTULO 16: Himnos

«Fears», MTNS

«Never Enough», TWO LANES

CAPÍTULO 17: Ascender

«Fight!», Ellise

«Soft to Be Strong», MARINA

CAPÍTULO 18: Protagonista

«Don't Dream It's Over», Kevin Olusola

«TALK ME DOWN», Troye Sivan

¡ATENCIÓN AL TEMA ADICIONAL «RUINOUS LOVE», DE T. THOMASON, QUE SE AÑADIRÁ A LA *PLAYLIST* PARA ESTE CAPÍTULO!

CAPÍTULO 19: Expuesta

«Close» (feat. Tove Lo), Nick Jonas

«Tranquilizer» (feat. Adekunle Gold), TroyBoi

CAPÍTULO 20: A gatas

«Make You Mine», Madison Beer

«Make Me Feel», Elvis Drew

CAPÍTULO 21: Euclear

«Arms of Gold» (feat. Mia Pfirman), Tape Machines

«Dangerous» (feat. Joywave) [Oliver Remix], Big Data

«Back to the Wall», TroyBoi

CAPÍTULO 22: Errante

«Alone - Slow Edit», BLVKES

«New Religion», MARGARET WHO

CAPÍTULO 23: Última defensa

«Immortal», MARINA

«Dizzy», MISSIO

CAPÍTULO 24: Aparición

«Triggered», Chase Atlantic

«We Appreciate Power» (feat. HANA), Grimes

CAPÍTULO 25: Abrasada

«Twisted», MISSIO

«Work», ionnalee

«Locked», Welshy Arms

CAPÍTULO 26: Renovar

«Liability» (feat. Astyn Turr), Tape Machines

«My My My!», Troye Sivan

«Believe in Love», MARINA

EPÍLOGO: Truco de magia

«Afterlife», Hailee Steinfeld

CAPÍTULO EXTRA: Consolador

«Troublemaker» (feat. Izaya), Omido

«Love U Like That», Lauv

PRÓLOGO

PRENDER

Lark

—Cariño, esto es lo que yo llamo «Todo acto tiene sus consecuencias» —digo mientras desenrollo la mecha de los fuegos artificiales que Andrew tiene atados entre los muslos.

Los chillidos alcanzan su punto álgido antes de acabar sofocados por la cinta que le tapa la boca.

Al verme, jamás te pasaría por la cabeza, pero es cierto...

Adoro la angustia que desprende su voz.

Andrew solloza y se revuelve en la silla. Le dedico una sonrisa de oreja a oreja y sigo retrocediendo por el claro hacia los árboles. Me sitúo lo bastante cerca como para ver el temor reflejado en sus ojos y, al mismo tiempo, lo bastante lejos como para que los gruesos troncos me sirvan de protección. Sus súplicas ahogadas rezuman desesperación. Está hiperventilando, y las nubes de vaho que brotan de su nariz se extienden hacia el cielo iluminado por las estrellas.

—¿Sabes por qué estás ahí en medio, con unos cohetes atados al pito, y yo aquí, sujetando la mecha? —grito.

Niega con la cabeza y luego asiente, como si no tuviera claro qué respuesta pondrá fin a la tortura. La verdad es que da igual lo que responda.

—Si te quito la cinta de la boca, me dirás lo mal que te sienta haberte cogido a Savannah en nuestra cama mientras yo estaba de viaje, ¿verdad?

Asiente desesperado, puesto que el pegamento le impide soltar sus previsibles mentiras. *No sabes cuánto lo siento, de verdad que no volverá a pasar, te juro que te quiero...* bla, bla, bla.

—Me temo que no estamos aquí por eso.

Andrew me mira desconcertado, intentando adivinar qué quise decir mientras mi sonrisa se vuelve feroz. Ahí es cuando el pánico se apodera por completo de él. Puede que sean mis palabras o el brillo de satisfacción que adquiere mi mirada. Tal vez sea mi forma de contemplarlo, sin pestañear. O la manera en que me río al girar la rueda del encendedor que llevo en la mano. Quizá sean todas esas cosas juntas las que provoquen que se mee encima. Los regueros de orina brillan a la luz de la luna a medida que se deslizan por sus piernas desnudas y temblorosas.

—Así es, cielo. Conozco todos tus secretos.

Acerco la llama a la mecha sin apartar la mirada de Andrew en ningún momento.

—Mierda, casi se me olvida.

Dejo que la llama se apague y Andrew suelta un suspiro de alivio y esperanza.

Esperanza. Madre mía, da hasta ternurita.

Supongo que no debería juzgarlo con tanta dureza: yo también albergué esperanza en el pasado. Esperanza por *lo nuestro*.

Pero fui una ingenua al pensar que Andrew, con ese aire de malote, era el chico adecuado para mí. Me conquistaron esos dos tatuajes bien puestos. Por la forma en que siempre llevaba el pelo alborotado, parecía el típico chico al que nada le importa. Hasta su manía de ir dando bandazos de un traba-



jo a otro me resultaba lógica, aunque no sé por qué. De algún modo, me convencí de que era un rebelde de los de verdad.

Luego se cogió a nuestra amiga Savannah mientras yo estaba de viaje y me di cuenta de que no era un rebelde.

Sino un zoquete.

Y la cosa no acaba ahí. En cuanto me enteré de que me había puesto los cuernos, le robé el celular y descubrí hasta qué punto mi supuesto novio me había embaucado. Vi los mensajes que había enviado a un montón de chicas, algunas lo bastante jovencitas como para caer en las garras de un baterista sabroso que les regalaba el oído y les prometía la luna y las estrellas. Descubrí mucho más que a un chico malo.

Descubrí a un puto depredador.

Uno que había conseguido sortear mis defensas. Y hacía años que me había prometido algo a mí misma:

Nunca más.

Cuando levanto los ojos al cielo, no es el presente lo que me viene a la cabeza. Ni tampoco la furia y el asco que sentí al revisar el teléfono de Andrew. Es el recuerdo de las agujas de piedra gris del prestigioso Ashborne Collegiate Institute, con sus puntas de cobre apuntando a las estrellas. Incluso ahora, pasados los años, soy capaz de evocar el temor que me acechaba a todas horas. Era un palacio repleto de habitaciones oscuras y espeluznantes secretos. Un castillo de lamentaciones.

Los depredadores como Andrew son como una puta plaga de langostas. A veces parece que la invasión se extiende por todas partes y que ningún lugar está a salvo, ni siquiera las fortalezas como Ashborne, que deberían ser sagradas. Bella y grandiosa. Recóndita. Segura. Al igual que sucede en la naturaleza, lo más bello es a menudo lo más venenoso.

¿Y el señor Laurent Verdon, el director de arte de Ashborne? Bueno, me prometió cosas la mar de bonitas.

Los remordimientos se apoderan de mí. Me arrepiento de la muerte del señor Verdon. Aunque no por lo que cabría suponer.

Debería haberlo matado yo.

Y ahora mi mejor amiga, Sloane, asumirá esa carga y sus consecuencias durante el resto de su vida.

Cierro los ojos con fuerza y veo unos destellos de luz blanca. Cuando vuelvo a abrirlos, el pasado se encuentra de nuevo archivado bajo llave. Por aquel entonces no tenía forma de defenderme, pero ahora las cosas han cambiado.

Puede que las promesas de los agresores sean bonitas, pero la mía es simple y sin pretensiones.

Nunca.

Más.

A lo mejor no está compuesta por palabras grandilocuentes, pero hago todo lo que puedo para que su ejecución sea chingonamente espectacular.

Tomo una profunda bocanada del fresco aire otoñal. A continuación, le dedico una sonrisa a Andrew y rebusco en el bolso hasta dar con el altavoz portátil y conectarlo al celular.

—Nunca está de más un poco de ambiente, ¿no te parece? —le digo mientras pongo la canción «Firework», de Katy Perry, a todo volumen.

¿Previsible? Sí.

¿Perfecta? También.

Empiezo a cantar sin molestarme en disimular la sonrisa. Puede que Andrew, al contrario de lo que reza la canción, se haya quedado sin opciones, pero lo que está claro es que va a echar chispas.

—En fin, creo que llegó el momento de la verdad. Tú sabes lo que hiciste y yo también. Los dos somos conscientes de que no puedo dejarte marchar. Tal y como te dije, cariño, hay



que asumir las consecuencias —exclamo encogiéndome de hombros.

Enciendo la mecha al son de la desesperación de Andrew, que se pone a protestar con energías renovadas.

—Chao, cielo. Ha sido... no sé ni cómo llamarlo —digo por encima del hombro mientras me resguardo en el bosque.

Los gritos de Andrew combinan de maravilla con el *crescendo* de la música y los fuegos artificiales que retumban en la noche. Su sufrimiento es un magnífico despliegue de chispas de colores, una salva de luces brillantes y ruido atronador. Es un final más majestuoso que el que merece, la verdad. Ojalá todos corriéramos la misma suerte.

Es magnífico, carajo.

No sé en qué momento Andrew deja de gritar, porque los cohetes bomba empiezan a estallar y hacen un ruido de los mil demonios.

Cuando el estruendo llega a su fin y los últimos destellos son poco más que estrellas fugaces, vuelvo al claro. Un olor a salitre, azufre y carne chamuscada emana de la figura ennegrecida y humeante que está en el centro del prado.

Me acerco a él con cautela. No sé si todavía respira, y no pienso buscarle el pulso. Su final va a ser el mismo de todas formas. Aun así, me lo quedo mirando durante unos momentos mientras la música sigue sonando a todo volumen por el altavoz que dejé entre la hierba. A lo mejor estoy buscando señales de vida. O esperando sentir las yo misma. Una persona normal se sentiría culpable o triste, ¿no? O sea, estuve enamorada de él dos años. O eso creía. Sin embargo, lo único que lamento es no haberme dado cuenta antes de cómo era el auténtico Andrew.

Hasta esa punzada de arrepentimiento se ve opacada por la satisfactoria sensación de haber logrado mi objetivo. Por ali-

vio. El hecho de descubrir un secreto y sacarlo a la luz de la forma más impactante posible resulta empoderante. Y cumplí mi promesa. Nadie sufre, salvo los que se lo merecen. Me hice cargo de ello. Si esta muerte va a corromper el alma de alguien, será la mía, la de nadie más.

Nunca más.

Un leve gemido se abre camino a través de la música. Al principio no doy crédito, pero vuelvo a oírlo, esta vez acompañado de una nube de humo.

—Carajo, cariño —digo con una carcajada incrédula. Me invade una oleada de gozo—. Qué increíble que sigas vivo.

Andrew no contesta. Ni siquiera sé si me oye. Tiene los ojos cerrados y la piel chamuscada; la sangre le mana a través de los bordes deformados de la carne herida. Sin quitarle los ojos de encima, hurgo en mi bolsa hasta que doy con lo que estoy buscando.

—Espero que hayas disfrutado del espectáculo. Fue magnífico —digo mientras desenfundo la pistola y le apoyo el cañón en la frente. Otro gemido silencioso atraviesa la noche—. Pero no traje suficientes cohetes para una repetición, así que tendrás que imaginártelos.

Aprieto el gatillo y, con una explosión final, el mundo se libra de otra langosta.

Y no siento nada salvo una cosa.

Que soy invencible.



SUMERGIDO

Lark

—¡Espera sentado! —le grito al hombre del interior del coche mientras aporrea la ventanilla y suplica clemencia. El vehículo está hundiéndose—. ¿Captas?

Creo que no me oye, pero me da igual. Me limito a esbozar una sonrisa mientras me despido de él con la mano y le apunto con una pistola por si acaso la ventanilla cede y él se las arregla para escabullirse.

Por suerte, la presión del agua, que cada vez sube más, reduce prácticamente a cero sus posibilidades de huida y, en apenas unos segundos, el vehículo queda sumergido. Veo aflorar burbujitas mientras el coche se desliza bajo las suaves olas negras de la presa de Scituate. Los faros, que apuntan a las estrellas, empiezan a fallar cuando los conectores eléctricos sucumben al agua.

—Qué mierda.

Mal asunto.

Bueno, la verdad es que es una chulada. Pero también un broncón.

Me muerdo el labio y observo la escena hasta que los faros se apagan por completo y la superficie del agua se queda inmóvil. Tras asegurarme de que no van a producirse más ruidos, saco el teléfono y abro los contactos. Dejo el pulgar

suspendido sobre el número de Ethel. Cuando las cosas se descontrolan, siempre la llamo a ella. Debo reconocer que un coche-ataúd sumergido en el fondo de un lago va más allá de lo que normalmente entendemos como «descontrolarse», y eso sin contar con que ahorita tampoco puedo pedirle ayuda.

Lanzo un suspiro y pulso el número que está justo encima del suyo.

Contesta al segundo tono.

—Alondra —dice mi padrastro al otro lado del celular. Pongo los ojos en blanco y sonrío al escuchar mi apodo de la infancia.

—Hola, papá. —El tono cauteloso de mi voz es lo primero que le hace sospechar que quizá algo no esté bien.

—¿Qué pasa, cielo? ¿Algún problema?

—Sí...

—¿Alguien vomitó en la alfombra? —pregunta. Se nota que está en una fiesta de Halloween y que lleva unas cuantas copas encima, porque no se ha percatado de que a este lado del teléfono no se oye griterío ni música de fondo—. Le pediré a Margaret que mande un equipo de limpieza a tu casa a primera hora de la mañana. No te preocupes, cariño.

Una última e incriminadora burbuja emerge del lago a modo de signo de exclamación.

—Mmm, no es esa clase de limpieza la que necesito en este momento...

La línea se queda en silencio. Trago saliva.

—¿Papá...? ¿Sigues ahí?

Tras oír una puerta cerrarse al otro lado de la línea, las risas, las voces y la música quedan amortiguadas. Lo siguiente que advierto es el trémulo suspiro de mi padrastro. Me lo imagino pasándose los dedos por la frente en un intento inútil por mantener la calma.



—¿Qué mierda me estás contando, Lark? ¿Estás bien?

—Sí, perfectamente —digo, como si solo fuera un contra-tiempo de nada, pese a que estoy tapándome una herida en el nacimiento del pelo con una camiseta ensangrentada. Debo de estar sonriendo como una loca. Menos mal que no hay nadie por aquí, porque el disfraz de Harley Quinn y las ochocientas capas de maquillaje que llevo no ayudan mucho—. Puedo encargarme yo misma del asunto si me das el número.

—¿Dónde estás? ¿Fue Sloane?

—No, para nada —respondo con voz firme, y mi sonrisa desaparece al instante. Aunque me fastidia que haya dado por hecho que la culpa es de Sloane, contengo mi irritación—. Seguro que ella está atrincherada en casa con su gato diabólico y algún libro guarro. No estoy en Raleigh, me fui de fin de semana.

—¿Y dónde estás?

—En Rhode Island.

—Mierda.

Sé lo que está pensando: que estoy demasiado cerca de casa para una cagada de este tipo.

—Lo siento, en serio. Es que el coche se... —intento dar con las palabras adecuadas para explicar la situación, pero solo se me ocurre una— hundió.

—¿Tu coche?

—No, el mío está... —Vuelvo la cabeza hacia mi Cadillac Escalade, y los faros hechos añicos me devuelven la mirada—. El mío ha tenido días mejores.

—Lark...

—Papá, puedo encargarme yo. Solo necesito el número de alguien que me eche una mano con la limpieza. Si tiene una grúa, mejor. Y un equipo de buceo, ya de paso.

Su risa suena carente de alegría.

—Es una broma...

—¿Qué parte exactamente?

—Espero que todo.

—Bueno —digo mientras me asomo por la escarpada pendiente para observar el agua—. Igual puede arreglar este desmadre alguien que sepa hacer esnórquel. No creo que el lago sea demasiado hondo.

—Por Dios santo, Lark. —Un suspiro pesaroso inunda la línea. Detesto pensar que lo decepcioné. Es como si estuviera plantado a mi lado, con esa expresión que le he visto tantas veces, la que indica que desearía que hiciera mejor las cosas, pese a que jamás lo dice en voz alta para no disgustarme—. De acuerdo —responde por fin—. Te daré el número de una empresa llamada Leviatán. Te pedirán un código de usuario, pero no debes decirles tu nombre; ni por teléfono ni cuando lleguen. Son profesionales, pero es gente peligrosa, cariño. Quiero que me mandes un mensaje cada treinta minutos para saber que estás bien, ¿entendido?

—Claro.

—Y recuerda, nada de nombres.

—No te preocupes. Gracias, papá.

Se produce un largo silencio antes de que él vuelva a tomar la palabra. Tal vez quiera decir algo más, llamarme la atención, plantearme alguna pregunta incómoda... Pero no lo hace.

—Te quiero, cariño. Ten cuidado.

—Y yo a ti. Tendré cuidado.

En cuanto colgamos, recibo un mensaje de mi padrastro con un número de teléfono y un código de seis dígitos. Tras marcar el número, una mujer educada y competente responde a la llamada y toma nota de mis datos. Me hace preguntas directas y yo le contesto de forma escueta. *¿Está herida?* Nada



grave. *¿Cuántas personas hay muertas? Una. ¿Desea solicitar algo en particular para facilitar la tarea de limpieza? Un equipo de buceo.*

Tras comunicarme las condiciones y los detalles del pago, cuelgo el teléfono y me doy la vuelta hacia mi coche, donde el motor de refrigeración ronronea por debajo del cofre abollado. Podría esperar dentro del vehículo, donde estaré calentita, pero opto por quedarme afuera. El «accidente» me trastocará aún más el sueño, bastante alterado ya de por sí; lo último que me hace falta es sentarme entre los destrozos y abrir la puerta a más pesadillas. Aun así, valió la pena ver a ese cabrón depravado hundirse en el fondo de la presa.

Otra langosta exterminada.

Cuando una amiga de Providence me comentó que en el bachillerato de su hermana pequeña corrían rumores de que uno de los profesores era un perverso, el degenerado en cuestión no tardó en caer en la trampa que le tendí con mis cuentas falsas en las redes sociales. Al cabo de nada, estaba pidiendo fotos y jorobando para quedar con «Gemma», mi *alter ego* adolescente, así que pensé: «Total, ¿por qué no? Puedo volver a casa de visita, salir de fiesta en Halloween y deshacerme de unos cuantos bichejos». Supongo que podría decirse que cumplí mi objetivo, aunque en realidad no pretendía lanzar al señor Jamie Merrick al agua. Tenía la esperanza de obligarlo a detenerse en el acotamiento y pegarle un tiro en la cara, llevarme algún trofeo valioso y dejarlo allí tirado como el saco de basura que es. Por desgracia, pareció percatarse de que estaba en apuros y casi se me escapa. Supongo que sumó dos más dos cuando intenté reventarle una de las ruedas después de que se negara a detenerse. Y seguro que mis risotadas de demente mientras agitaba el arma por la ventana también tuvieron algo que ver.

Por sorprendente que parezca, despachar a alguien y dejarlo tirado en medio de la nada sin que nadie se entere es bastante sencillo. El problema es que encubrir el rastro cuesta un pelín más cuando una parte de tu coche queda estampada en el suyo.

Por otro lado, lo de embestir el coche de ese imbécil y lanzarlo al lago le da un toque más de película.

—No hay mal que por bien no venga —digo en voz baja mientras desenroscó los tornillos de la placa trasera de mi coche con una moneda.

La delantera, que quedó deformada, ya la recogí del suelo. Cuando acabo, saco mi abrigo del Escalade y me pongo unos pants por encima de las mallas de rejilla y los shorts diminutos que llevo. Con la pistola guardada a buen recaudo en la mochila, tomo la documentación de la guantera, me echo la correa al hombro y cierro la puerta.

Durante un momento, permanezco junto a la ribera empedrada donde se volcó el coche de Jamie y que lo catapultó al más allá. Su rostro aflora en mi mente con todo lujo de detalles, iluminado por los faros de mi coche justo antes de la colisión. Los ojos abiertos de par en par, dominados por el pánico. El pelo rubio y rizado. La boca abierta en un grito mudo. Estaba cagado de miedo. Era consciente de que iba a morir y no tenía ni idea de por qué.

¿Debería sentirme culpable?

Porque no es así. En absoluto.

Parpadeo para ahuyentar la furia demoledora que todavía fluye por mis venas y contemplo con una sonrisa la tumba acuática que tengo delante.

—De vez en cuando, las cabronas como yo tenemos que echarle una mano al karma, ¿verdad, señor Merrick?

Me acerco a la rocosa orilla con un suspiro de satisfacción.



Le mando un mensaje a mi padrastro para hacerle saber que estoy bien y programo una alarma para enviarle otro dentro de treinta minutos. A continuación, trepo por las irregulares rocas hasta que encuentro un punto apartado de la carretera. Con las coletas ocultas bajo la capucha y el cuerpo adolorido por la colisión, me acuesto sobre uno de los pedruscos de granito y contemplo el cielo. Es el lugar ideal para esperar.

Y eso hago.

Durante casi tres horas.

De vez en cuando pasa uno que otro vehículo, aunque no pueden verme porque estoy oculta entre las sombras de las rocas. Ninguno se detiene a examinar el Escalade. Conseguí estacionarlo junto a la cuneta perpendicular al lago antes de que se descompusiera por completo, y, a no ser que alguien circule por la carretera menos transitada y se fije, los daños pasan desapercibidos. Así pues, cuando un vehículo clásico se acerca lentamente y se detiene junto a mi todoterreno, advierto el estruendoso motor de inmediato. Permanezco agazapada entre las rocas con el corazón desbocado y observo.

Mi celular vibra y veo que acabo de recibir un mensaje de un número desconocido.

| Estoy aquí.

—Breve y al grano —me digo antes de ponerme de pie.

Estoy algo mareada y las piernas me flaquean durante un momento, pero consigo recuperarme a medida que me acerco al coche.

El motor se apaga. Sujeto la mochila contra el cuerpo con una mano metida y las yemas de los dedos apoyadas en la fría empuñadura de la pistola.

Tras plantarme, vacilante, en medio de la carretera, la puerta del coche se abre con un chirrido y un hombre musculoso sale del interior. Va enfundado en un traje de neopreno negro. Lleva puesta una máscara y solo se le ven los ojos y la boca. Pese a lo corpulento de su complexión, cada uno de sus movimientos rezuma elegancia.

Agarro la pistola con fuerza al verlo aproximarse.

—Código —exige con un gruñido.

Me froto la cabeza con la mano que tengo libre mientras intento recordar la secuencia numérica que me facilitó mi padrastró y que me he repetido varias veces. Me cuesta recordarla al tener delante a un individuo raro que no deja de mirarme.

—Cuatro, nueve, siete, cero, seis, dos.

Apenas veo los ojos del hombre, ya que esta noche no hay luna, pero los noto sobre mí cuando me recorre de la cabeza a los pies.

—Herida —dice en voz baja, como si intentara fingir que tiene la boca llena de tierra.

—¿Qué?

De pronto, se me acerca de golpe. Retrocedo, pero solo consigo dar tres pasos antes de que él me agarre por la muñeca. Olvido por completo la existencia de mi pistola cuando noto la calidez de su palma contra mi fría piel; su tacto es inflexible pero cuidadoso cuando enciende una linterna y me apunta al nacimiento del pelo.

—Puntos —es lo único que dice.

—Ya... como comprenderás, ando algo corta de aguja e hilo —respondo.

Reacciona a mis palabras con un gruñido, como si fuera mi problema no haberme cosido *yo misma* la herida de la cabeza.



Intento zafarme de un tirón, pero no sirve de nada: el hombre me agarra con más fuerza antes de apuntarme al ojo izquierdo con la linterna, luego al derecho y finalmente al izquierdo otra vez.

—¿Inconsciente? —pregunta.

Cuando entorno la mirada y arrugo la nariz a modo de pregunta, me da un golpecito en la cabeza con la linterna.

—¡Ay!

—¿Inconsciente? —repite con tono autoritario, pese a que su voz es apenas un susurro.

—¿Te refieres a si me desmayé? No.

—¿Náuseas?

—Un poco, sí.

—Conmoción —concluye, dándome su veredicto con tres simples sílabas.

Me suelta la muñeca como si fuera a pegarle algo y a continuación se da la vuelta y se dirige hacia la intersección donde hace unas horas me pasé un alto y embestí el coche de Jamie Merrick.

Lo sigo tambaleándome mientras él alumbra el asfalto con la linterna. No me dice qué anda buscando, pero supongo que está asegurándose de que no haya ningún resto de los vehículos por el suelo.

—Nunca antes había sufrido una conmoción. ¿Podría quedarme en coma? —le pregunto mientras lo alcanzo y lo sigo de cerca.

—No.

—¿Crees que tendré una hemorragia cerebral?

—No.

—Pero ¿cómo lo sabes? ¿Eres médico?

—No.

—Ah, pues menos mal, porque eres todo un mamón.

El hombre resopla, pero no se da la vuelta. Se detiene de golpe y casi me estampo contra su espalda. Estamos tan cerca que percibo el ligero aroma marino que despide su traje de neopreno. No me cuesta demasiado imaginarme sus grandes músculos por debajo de la fina capa de goma sintética que nos separa. ¿Debería estar preguntándome si también hace surf? ¿O qué aspecto tendrá en la playa al quitarse la prenda empapada? Probablemente no. Pero, bueno, así pasa.

Ahuyento la imagen de su cuerpo irritantemente atlético y me concentro en los lentos movimientos de barrido que está haciendo con la linterna, iluminando la carretera de una cuneta a otra.

Se alumbra los pies y se queda inmóvil, como si de repente lo hubiera asaltado un pensamiento y fuera incapaz de quitárselo de la cabeza.

Cuanto más tiempo permanece ahí plantado, más sencillo me resulta recordar que es un poco cretino.

Puede que esté algo aturdida y que la mente no me carbure muy bien, pero la situación me queda clara enseguida: lo único que ha hecho este idiota desde que llegó ha sido soltarme cuatro gruñidos y darme su diagnóstico de barra de bar como si no hubiera nada de lo que preocuparse.

Connoción, dijo.

—¿Y si...?

—¿Borracha? —pregunta con un gruñido cuando voltea a verme.

Me lo quedo mirando pasmada. Noto que la furia aflora en mi interior.

—¿Perdona?

—¿*Estás borracha?*

Se inclina hacia mí. Nuestros rostros están a escasos centímetros de distancia. Mi furia contenida se convierte en una



puta corriente piroclástica cuando inhala profundamente por la nariz.

Le doy un empujón con las manos. Carajo, es como intentar derribar una estatua de mármol. Se aparta de mí, pero solo porque quiere, no porque yo lo haya obligado.

—No, no estoy borracha, cretino monosilábico. No bebí nada.

Suelta un bufido.

—¿Qué, acaso mi aliento tenía olor a alcohol cuando te acercaste a dos centímetros de mi jeta como un puto psicópata?

Al oír eso, resopla de forma burlona.

—Pues eso. Gracias por tus cagadas fuera de lugar, Batman de quinta —digo señalando con desdén su traje de neopreno—, pero jamás se me ocurriría agarrar el coche borracha. De hecho, casi nunca bebo.

Deja escapar lo que podría ser un gruñido de alivio.

—Ya.

—Y para que lo sepas, cuando estoy tomada, soy de las que se convierten en un peluchito adorable. No de las que provocan accidentes.

—Accidente —susurra, y aunque se trata de una única palabra, su tono rezuma sarcasmo. Señala a nuestro alrededor con la linterna—. No hay manchas de frenazo.

Suelto una risita.

—¿Man... Manchas de qué...?

Deja escapar un suspiro frustrado.

—De frenazo —dice con un áspero gruñido—. Debería haber marcas de ruedas donde intentaste frenar.

No puedo contenerme más y me echo a reír a carcajadas. Y pese a que el Batman de quinta lleva puesta una máscara, noto su mirada furiosa en la piel.

—Imagino que estuviste viviendo debajo de una piedra como toda lagartija que se precie, pero es la frase de una película. *Arma fatal*. Manchas de frenazo. Esa en la que salen Simon Pegg y Nick Frost... Y Timothy Dalton acaba ensartado en la aguja de la iglesia del pueblo en miniatura. Es para carcajearse.

Se produce un largo silencio.

—*Ay, por favor*. ¿Cómo pretendes que no me ría si la frase más larga que me has soltado entre gruñido y gruñido es la del frenazo? Pero qué imitación de Batman más burda, por cierto...

—No es muy hablador. —Otra voz resuena en la noche.

Advierto un súbito movimiento a mi derecha, pero, antes de que pueda voltear, Batman me rodea la cintura con el brazo y me coloca detrás de él. La mochila se me cae al suelo y me estampo contra el muro de ladrillos recubierto de neopreno que parece su espalda.

—*Hijo de...*

—Baja el arma, muchacho, que soy yo —dice la voz desconocida, interrumpiendo la sarta de improperios que me disponía a soltarle.

El recién llegado lanza una risita y Batman deja de agarrarme con fuerza. Ahora que la cabeza deja de darme vueltas, caigo en la cuenta de lo que acaba de ocurrir. Se puso instintivamente entre el peligro y yo, asegurándose de mantenerme oculta.

Me asomo por encima del hombro de Batman y veo a otro hombre enmascarado a unos metros de distancia. Tiene las manos levantadas en gesto de rendición y su postura rezuma indiferencia, pese a que mi protector está apuntándole al pecho con una pistola.

Mi pistola.

—Eh, cabrón, es mía. Devuélvemela.



El Batman de quinta suelta un resoplido cuando le doy un golpecito en el bíceps mientras baja el arma.

—No —dice, y se aleja.

Se aproxima al recién llegado sin dignarse a darme explicación alguna, y yo me quedo ahí plantada, con la mochila tirada a mis pies y el contenido de mi neceser de maquillaje desparramado por el asfalto. Los dos hombres conversan en voz baja; capto alguna que otra frase mientras recojo mis pertenencias sumida en la penumbra. *Remolcarle el coche... El cadáver está en el lago... Seguro que iba hablando por el celular. Fue un accidente tonto...*

Un accidente tonto.

Las mejillas me arden bajo las numerosas capas de maquillaje blanco. El impulso de replicarles y contarles la verdad es tan intenso que noto cómo me sube por la garganta, pero lo reprimo y me dejo caer al suelo para recoger mis cosas. Meto todo en la mochila mientras fulmino con la mirada a los dos hombres sin que se den cuenta.

Darí­a igual que les dejara el asunto bien claro, ¿no? Estos tipos son *profesionales*. Se encargan de encubrir las cagadas de gente mucho más turbia y peligrosa que yo. Seguro que ya han visto de todo, desde accidentes reales hasta escenarios de tortura y demás. ¿Qué más da si descubren la verdad?

Pero no puedo arriesgarme a que mi confesión acabe llegando a oídos de mi familia. Puede que no sean unos santos, pero yo tengo que representar mi papel, y si bien el de *agente del caos* no desentona demasiado, el de *asesina* ya es harina de otro costal.

De manera que esbozo una sonrisa radiante, me cuelgo la mochila al hombro y me acerco a ellos.

—Me da mucha pena interrumpir esta reunión de superhéroes de saldo, pero deberíamos ponernos en marcha, ¿no les

parece? Amanecerá dentro de cuatro horas y veintidós minutos —digo, echándole un vistazo a mi reloj.

Cuando levanto la vista, el tipo recién llegado me mira con la cabeza ladeada, como si la rapidez de mis cálculos lo hubieran sorprendido. Teniendo en cuenta que la primera impresión que se llevó de mí no fue como para tirar cohetes, no voy a echárselo en cara. Cuando volteo a ver a Batman, noto que sus ojos son dos rendijas tras la máscara, pero enderezo la espalda y alzo el mentón, blindándome contra su mala opinión sobre mí.

—¿Y bien? Cuanto antes nos quitemos esto de encima, antes podremos marcharnos cada uno por su lado.

—Por mí bien, Barbie Regadas —replica mi Caballero Oscuro vestido de neopreno.

Capto un ligero acento, pese a su intento por ocultarlo, pero soy incapaz de distinguir su procedencia.

—Procura no ahogarte, Batman de quinta. Sería una lástima que Rhode Island perdiera a alguien con unas dotes para la atención al cliente tan excelentes como las tuyas. Por no hablar de tus empáticos diagnósticos médicos.

El recién llegado resopla burlón mientras yo me cruzo de brazos y me enzarzo con Batman en un duelo de miradas que parece durar seis años. Finalmente, se da por vencido y le pasa mi pistola a su compinche con la orden de no devolvérmela. A continuación, gira sobre sus talones y se dirige a su coche para tomar el equipo de buceo.

El recién llegado y yo contemplamos en silencio cómo nuestro malhumorado compañero revisa las botellas de oxígeno, lleva el equipo hasta la orilla, se cambia las botas por unas aletas y se sumerge en las aguas negras.

—Soy Conor —se presenta mi nuevo compañero, y me tiende la mano sin apartar la mirada del lago.



—Barbie Jefaza —respondo, estrechándosela—. Alias Harley Quinn. Estoy de paso.

—Ya me lo imaginaba. Me gusta tu maquillaje.

—Gracias, aunque no sé si tu amigo estará de acuerdo. ¿Es así de cretino siempre?

—La mayoría de las veces sí.

—Genial.

—Normalmente es uno de esos cretinos vacilones que se dedican a jorobar a los demás. Hoy está cretino a secas.

—Un cretino polifacético, mira qué bien.

Conor se ríe bajito y me tiende la pistola, pero se aferra a ella hasta que lo miro a los ojos.

—No hagas ninguna tontería.

—Te lo prometo.

—Y si alguien se te pone tonto, le pegas un tiro —repite Conor.

Asiento con la cabeza y suelta el arma. La tomo de entre sus manos despacio, con cuidado. Me dirige una última mirada evaluadora antes de alejarse por la carretera desierta.

—¿Y si es tu amigo el que se me pone tonto? —le pregunto a su espalda.

—Ni lo pienses: un tiro y punto. Apunta a las rótulas; el resto quizá te sea de utilidad.

Sonrío y me guardo la pistola en la mochila antes de volver mi atención al lago. Vislumbro el tenue resplandor de una linterna sumergible bajo la ondulante superficie. No transcurre demasiado tiempo antes de que advierta el ruido de un motor y una grúa se acerque a mi Escalade. Conor engancha el vehículo con destreza y, al acabar, se dirige a la orilla para esperar a su compañero.

Al cabo de un momento, un cuerpo emerge a la superficie, seguido de mi malhumorado Caballero Oscuro.

El corazón se me acelera cuando lo veo escupir el regulador de buceo y rodear el cadáver con el brazo para remolcarlo hasta la orilla. Me sorprende jugueteando con la correa de la mochila mientras observo cómo se acerca. Durante nuestro breve encuentro, su expresión escrutadora me marcó la piel como un hierro al rojo vivo. Incluso ahora, incapaz de distinguir su mirada en la lejanía de la noche, sigo sintiendo que me perfora, como un puñal invisible.

¿Qué más da cómo me mire? ¿Por qué habría de importarme lo que piense? No sabe nada de mí ni de todo esto; ignora por qué tuve que hacerlo. No sabe que tengo una promesa que cumplir.

—Es un puto desconocido —me digo en voz alta cuando los pensamientos se me quedan cortos—. Y, después de esta noche, no volverás a verlo.

Me adelanto unos pasos y veo que Conor lo ayuda a sacar el cuerpo hasta la orilla. Batman sale del agua, se quita el equipo de buceo y lo deja sobre las piedras. A continuación, ambos levantan el cadáver de Merrick: Conor lo agarra de las piernas inertes mientras su compañero lo levanta por los brazos. Tras algunos gruñidos y tropiezos sin importancia, consiguen llegar a la carretera y depositar el cadáver a mis pies.

Durante unos instantes, lo único que se oye es el sonido de sus resuellos.

Los dos hombres se me quedan mirando. Les devuelvo la mirada. Un espeso velo de silencio se posa sobre nosotros. Es como si estuvieran esperando a que me pusiera a cantar y bailar pero se me hubiera olvidado la letra. No recuerdo los pasos ni lo que se supone que debo hacer.

Conor ladea la cabeza y la revelación me sobreviene con la fuerza de un puñetazo.



Me llevo una mano al pecho y señalo el cuerpo tendido en la carretera.

—Ay... Dios mío..., es horrible... Qué he hecho...

Más silencio. Un búho ulula desde la espesura del bosque.

—Qué tragedia... —prosigo mientras me froto las pestañas secas—. Se me parte el alma... Nunca me lo perdonaré.

—Santísima mierda de Cristo —susurra Batman con un gruñido—. Típico.

—¿Perdona?

—Digo que es *típico* —repito, dando un paso hacia mí. Se me queda mirando—. Eres una de esas niñitas de papá acostumbradas a armar desmadres y te importa tres mierdas haberte llevado por delante a un hombre inocente.

Mis protestas acerca de la supuesta «inocencia» de Merrick quedan ahogadas cuando Conor le apoya una mano en el pecho en un intento por calmar los ánimos.

—Por Dios, chico...

—De esas que les endilgan la bronca a otros y se lavan las manos —prosigue Batman entre gruñidos, haciendo caso omiso a los cuidadosos reproches de Conor. Su acento aflora una vez más—. Y da igual quién se les ponga por delante porque siempre acaban tan tranquilas.

Me lanzo hacia adelante y salvo la distancia que nos separa. Estoy tan cerca de él que capto el dulce olor a menta de su aliento por encima del aroma del agua del lago. Contemplo su rostro enmascarado con expresión letal.

—¿Crees que es buen momento para recordarte que soy tu clienta? ¿O prefieres que lo dejemos para luego? Te dedicas a esto, ¿o acaso ya se te olvidó?

—No me dedico a esto.

—Creía que te encargabas de limpiar.

—Pues creías mal, Barbie Regadas.

—Y entonces ¿por qué viniste?

—Porque no me quedó de otra, carajo.

Batman me da la espalda, se agacha para tomar el brazo inerte de Jamie y carga el cadáver al hombro con un gruñido. Permanezco impassible cuando se acerca a mí y me fulmina con la mirada, aunque los latidos de mi corazón reverberan con fuerza en mis huesos.

—No sabes nada de mí —susurro enfurecida.

Su mirada me abrasa la piel.

—Pues mejor —responde.

Lo observo acercarse a la grúa con el cuerpo colgado del hombro. Su figura queda envuelta entre las sombras, pero no le quito los ojos de encima, ni siquiera cuando Conor se detiene a mi lado.

—Perdón por lo que dijo —me dice en voz baja y calmada mientras apoya una mano enguantada en la nuca—. Es solo que... Ha tenido una noche de mierda. Te costará creerlo, pero no es nada personal. Y supongo que está muy quemado del trabajo.

Asiento y aparto la mirada de la grúa, donde Batman está envolviendo el cadáver en plástico para luego tapanlo con una manta. Aunque oigo sus gruñidos por el esfuerzo cuando sube a Merrick a la parte trasera del vehículo, permanezco con la vista clavada en el bosque. Los árboles me invitan a perderme entre ellos y buscar un rincón tranquilo donde sentarme a pensar. Tal vez sería capaz de serenarme si el mundo enmudeciera durante un rato mientras...

—Mañana por la noche vendremos con un camión grúa para sacar el coche del lago. Hoy me encargaré de limpiar cualquier rastro que haya quedado en la carretera —dice Conor, interrumpiendo mi fugaz fantasía. Noto su mirada sobre el rostro, pero no volteo a verlo—. Nuestro amigo Batman...



Puede que sea algo bruto, pero sabe lo que hace. Nos ocuparemos del asunto. Nos aseguraremos de que no haya nada que te vincule con este lugar. Ni registros, ni pruebas. Será como si el accidente nunca hubiera ocurrido.

—Ya —susurro, pero la sonrisa que esbozo es fugaz. Si tenía que convencerlo de que no me pasa nada, ya fracasé estrepidamente. Cuando volteo a ver a Conor, veo un atisbo de preocupación en sus ojos, pese a que el resto de sus rasgos permanecen ocultos bajo la máscara—. ¿Accidente? ¿Cómo que accidente?

—Exacto —responde él sonriendo.

Se aleja para ayudar al Caballero Oscuro con malas pulgas a recoger el equipo de buceo y meterlo en el coche. Seguro que se tomó mi comentario como un chiste malo. Y aunque en mi rostro asoma un leve rastro de sonrisa para guardar las apariencias, por dentro me siento más sola que nunca.

El Batman de quinta lanza el traje de neopreno a la cajuela abierta de su Dodge Charger *vintage*. Se cambió el atuendo y se puso unos pantalones de mezclilla negros que se le ciñen a los musculosos muslos, una camisa negra de manga larga y un pasamontañas. Se enfunda también unos guantes de cuero y se apresura a acercarse a mí mientras yo reprimo el impulso de agarrar la pistola oculta en las profundidades de mi mochila.

—Tenemos que irnos ya —masculla entre dientes cuando se aproxima al lugar donde me encuentro, a media carretera.

Me cruzo de brazos.

—¿Qué tal: «Tenemos que irnos ya, *por favor*»? O tal vez: «¿Emprendemos la marcha, *milady*? El Batimóvil espera».

Un ruido sordo retumba entre la fría brisa. Durante un instante, me da la impresión de que se acerca un coche. Uno con un silenciador pinche, tal vez.

Pero no.

Se trata de él. Está *gruñendo*.

Retrocedo, pero se abalanza sobre mí. Me carga sobre su hombro y se da la vuelta a una velocidad de vértigo; a continuación, se dirige a los vehículos mientras mis tripas rebotan contra sus huesos y músculos. Tomo mis pertenencias antes de que acaben desparramadas por el suelo; el impulso de pegarle un tiro en el trasero resulta casi tan tentador como el de vomitarle encima.

—*Bájame de una puta vez.*

Mi empeño por golpearlo resulta tan infructuoso como todo lo demás. Nada funciona: ni revolverme, ni ponerme a echar culebras por la boca ni mis intentos por hacerlo tropezar con mi enorme mochila.

—Ahora mismito, maldita calamidad con patas.

Me deja caer con un movimiento rápido y aterrizo de culo sobre la cajuela de su coche. Las piernas me quedan colgando afuera.

—Ni pensarlo —digo con un gruñido.

Intento salir de la cajuela, pero es como si tuviera el cerebro hecho papilla. Todo está revuelto. Mis pensamientos. El mundo. El contenido de mi estómago. Tardo demasiado en recordar cómo poner en marcha las extremidades y, para cuando lo consigo, Batman ya me acorraló. Tiene las manos apoyadas en la base del vehículo, a ambos lados de mis piernas. Los extremos de sus pulgares me rozan los muslos. Inva-de el espacio a mi alrededor y, aunque cierro los ojos, advier-to su presencia en todas partes. Percibo su aroma, a menta y agua del lago. Noto la calidez de su aliento en el rostro. Cuando levanto la vista hacia él, sus ojos azul marino es lo primero que me llama la atención; la intensidad de su gesto se ve acen-tuada por el pasamontañas negro que los rodea.



Noto un nudo en la garganta. Un temblor se apodera de mis brazos y reptó hacia mis manos.

—Por favor, no lo entiendes —digo.

—Adentro.

—No.

—Ya.

—*Por favor* —susurro—. Aquí no. Iré en la grúa.

—Ni hablar. No con el sinfín de pruebas que va a llevarse de aquí mi compañero. Y no pienso arriesgarme a que alguien te vea sentada en la parte delantera —dice Batman entre dientes.

—Creo que estás exagerando, y que lo que pasa es que no quieres sentarte a mi lado.

Batman se encoge de hombros y se me acerca un poco más. Nos separan apenas unos centímetros. Posa la mirada en mis labios, embadurnados con una gruesa capa de maquillaje carmesí y negro.

—Supongo que nunca lo sabrás —dice con voz grave—. Pero así es la vida.

Noto un picor en la nariz, pero me niego a ceder ante la frustración y echarme a llorar. No pienso derramar ni una lágrima delante de este cabrón. Si advierte el temblor de mis rodillas, no da muestras de ello. Se limita a acercarse aún más, con la mirada clavada en la mía. Sé que no va a dar su brazo a torcer. Y él es testigo del momento en que me doy cuenta, del momento en que lo asimilo por completo.

Hundo los hombros.

—Estoy suplicándotelo —susurro.

—Pues no lo estás haciendo muy bien.

—Eres un cretino con todas las letras.

—Y tú tienes tantas ganas de largarte de aquí como yo. Nadie más va a hacerte de chofer, así que más vale que te es-

tés calladita —dice, y acto seguido me apoya la mano en la cabeza y me empuja hacia abajo con suavidad. Con la otra, baja la cajuela y me sume en la oscuridad hasta que cierro los ojos—. En cuanto llegemos a Providence, podrás salir y armar las trifulcas que te dé la gana. Hasta entonces, procura portarte bien.

La cajuela se cierra con un clic. Abro los ojos y me topo con una oscuridad total. El corazón me retumba en los oídos. Las lágrimas que me negué a derramar delante de él brotan sin pudor al tiempo que me hago un ovillo y me acerco la mochila al pecho. Noto el empapado traje de neopreno contra la parte superior de la cabeza. Jalo el brazo del traje y me lo apoyo sobre la frente, donde una capa de sangre coagulada, sudor y maquillaje blanco pide a gritos abandonar mi piel.

Estás bien. Estás bien, estás bien, estás bien. Ya sabes qué hacer.

Repito el mantra hasta que la respiración se me apacigua lo suficiente para captar el intercambio de palabras amortiguadas entre Batman y Conor. Es una conversación corta y pragmática. Tengo la esperanza de que Conor haga entrar en razón a su amigo, pero esta no tarda en desvanecerse al cabo de un momento, cuando la puerta del conductor se abre y vuelve a cerrarse de golpe. El motor arranca con un rugido y nos ponemos en marcha.

Necesito otro plan.

Aprovecho la furia que bulle en mi interior para mantener la concentración mientras el coche da vuelta con suavidad un par de veces y adopta una velocidad uniforme. Cuando deduzco que Batman ya está tranquilo y confía en que voy a *portarme bien*, le doy un puñetazo al techo de la cajuela, dejando que oiga la embestida de la carne contra el metal.

—No sé si te lo han dicho alguna vez, pero ¡eres *un reverendo cretino!* —grito con lágrimas en los ojos. Mis golpes se



convierten en un tañido que enfatiza mis cánticos—: *Cre-ti-no, cre-ti-no, cre-ti-no*.

—Cierra el pico —ordena malhumorado antes de pisar el acelerador.

—Ven a cerrármelo tú, a ver si tienes huevos.

Vuelvo a golpear el techo y él sube por fin el volumen de la música para sofocar mis berridos. En cuanto lo hace, suavizo los golpes y la intensidad de mis protestas hasta dejar que se desvanezcan.

Al cabo de unos instantes, cuando cree haber ganado la partida, enciendo la linterna del celular y rebusco en mi mochila.

Saco la palanca de vibrato de mi guitarra eléctrica con una mano trémula y sudorosa mientras mi carcajada de loca queda sofocada por la música y el ruido del motor. Tal vez sea una Montague de nacimiento, lo que es un jaleo en sí mismo, pero también soy una Covaci, y mi padrastro me ha enseñado un montón de truquitos de lo más útiles: por ejemplo, a deshacerme de las bridas alrededor de las muñecas. A hacer un nudo de horca. A cargar una pistola.

O a escapar de la cajuela de un coche.

Al tratarse de un vehículo clásico, la cerradura es un poco difícil de abrir, pero es bastante probable que el tablero no cuente con lucecitas de advertencia, porque cuando consigo desbloquearla al tercer intento, el cascarrabias del chofer sigue en la inopia. Sujeto el mecanismo y abro el portón lo suficiente como para otear la carretera que se extiende por detrás de nosotros. Seguimos en medio de la nada: no hay tráfico ni peatones, y solo algunas casas salpican el paisaje. Es todo bosque. Solo estamos la oscuridad, las luces traseras rojas que se filtran entre la noche y yo.

El coche reduce la velocidad. El eje de transmisión se desplaza al tiempo que Batman cambia de velocidad y pisa el fre-

no. Las luces traseras se encienden y una de las intermitentes indica un giro a la derecha.

Levanto el portón lo suficiente para salir de la cajuela antes de que nos detengamos. El descenso resulta algo accidentado. Me golpeo una rodilla contra el asfalto y me hago un agujero en los pants. El humo del tubo de escape me da en la cara cuando me arrodillo detrás de la defensa. Sujeto la cajuela para que Batman no advierta nada raro por el espejo retrovisor. Las viejas bisagras están lo bastante duras como para que la puerta permanezca en su sitio cuando aflojo la presión. No puedo cerrarla por completo, pero, si consigo que Batman no se fije en mí cuando tome la curva, tal vez me dé tiempo de desaparecer.

Las luces se atenúan cuando levanta el pie del freno. El motor se acelera con un rugido y una nube de humo gris. El coche toma la curva y se aleja.

Permanezco agazapada en la carretera vacía durante un instante y, acto seguido, me limpio las lágrimas del rostro y me alejo en dirección contraria.

«No sabes nada de mí», pienso mientras lanzo una última ojeada al coche antes de que gire de nuevo y desaparezca.

Pero tiene razón.

Es mejor que no lo sepa.

